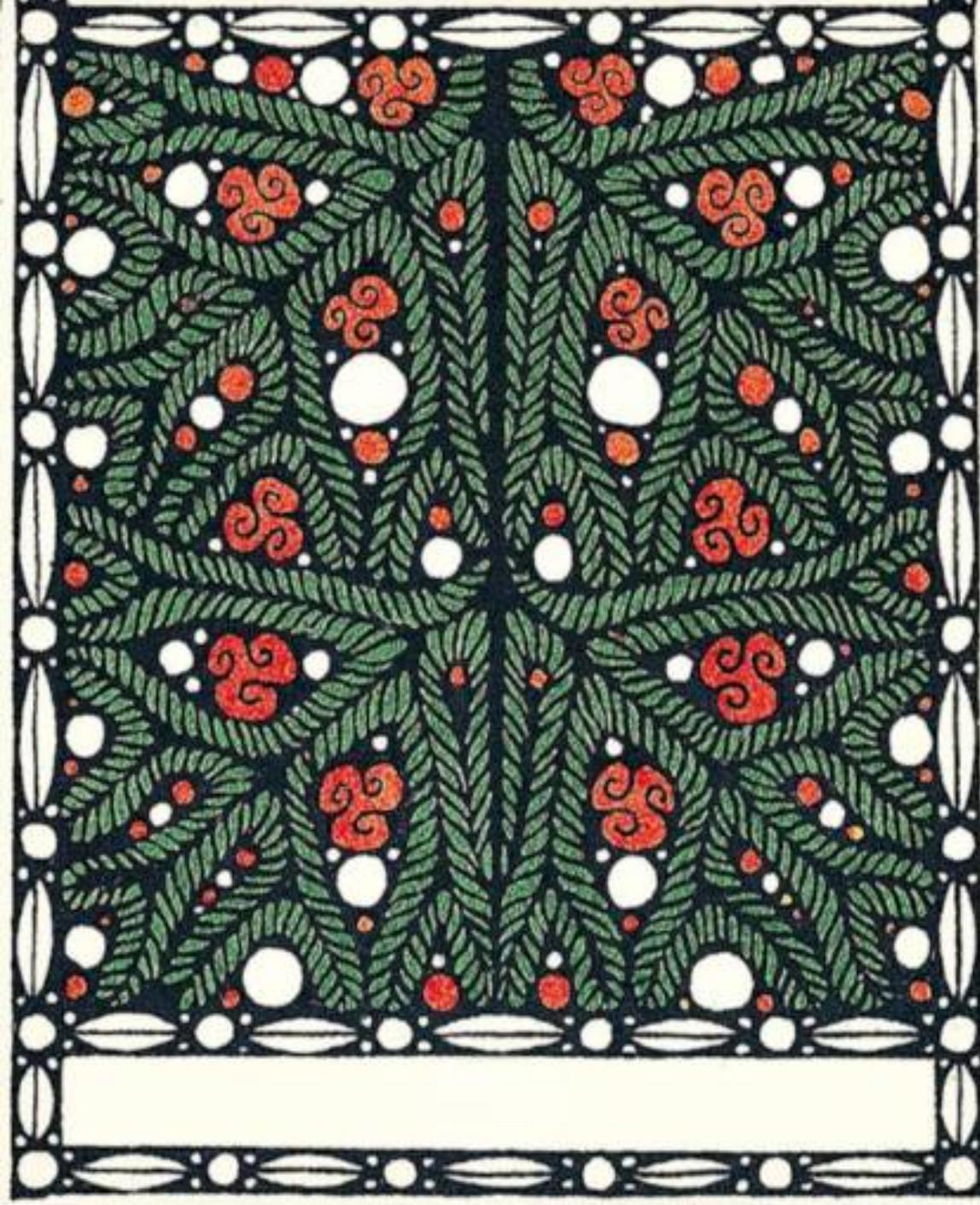


Cuentos de Navidad

De los hermanos Grimm a Paul Auster



La Navidad, siempre muy presente en la literatura, ha inspirado relatos magníficos, y son muchos los grandes escritores que se han acercado a ella. En esta antología se refleja la alegría, el sentido de comunidad, la excitación espiritual, la oportunidad de cambio, los deseos, la nostalgia e incluso el rechazo que estas fechas despiertan en muchos de nosotros, porque, si bien es cierto que la tradición invita a los buenos sentimientos, no lo es menos que se presta a una variedad sorprendente de estilos y de tonos: no faltan aquí ni el humor, ni la oscuridad, ni la crítica social, ni la fantasía, ni la tragedia. De Berlín a Brooklyn, de un pueblecito sardo a un rancho del Lejano Oeste, de la Provenza a Nueva Zelanda, de un aristocrático salón a un pueblo de mineros, de Dublín a un cohete espacial...: en todos esos lugares veremos celebrar la Nochebuena, la Navidad, el día de San Esteban, la Nochevieja o el día de Reyes, y en todos ellos ocurrirá algo que ilustre el espíritu...

Presentación

La Navidad, siempre muy presente en la literatura, ha inspirado relatos magníficos, y son muchos los escritores, los grandes escritores, que se han acercado a ella desde diferentes perspectivas. Seguramente el primer cuento que la trató es del filósofo neoplatónico Celsio, quien en el siglo II, cuando los cristianos empezaban a celebrar el nacimiento de Cristo, escribió una versión del hecho sagrado en la que Cristo nace en Judea y es hijo de una campesina adúltera y un soldado romano llamado Pantero. Esta antología, sin embargo, parte de una tradición muy posterior y desde luego menos «apócrifa», más ligada a lo que la Navidad sigue significando hoy en el imaginario de Occidente. Hemos intentado reflejar la alegría, el sentido de comunidad, la excitación espiritual, la nostalgia e incluso el rechazo que estas fechas despiertan en muchos de nosotros, sin descuidar, porque es asimismo característica y genuina, su parte más sensiblera. Es cierto que algunos cuentos tienen finalidad moralizante y exhortan a los buenos sentimientos, pero hemos comprobado asimismo que la Navidad inspira una variedad sorprendente de estilos y de tonos, y aquí no faltan ni el humor, ni la lobreguez, ni la crítica social, ni la fantasía, ni lo más tremendo.

Los treinta y ocho relatos seleccionados abarcan dos siglos de literatura navideña y proceden de distintas tradiciones occidentales (anglosajona, germánica, nórdica, mediterránea, eslava). Entre ellos encontraremos clásicos, como «Canción de Navidad» de Dickens o «La niña de los fósforos» de Andersen, junto a piezas inéditas o muy poco conocidas.

El volumen, ordenado cronológicamente a partir de la fecha de publicación (salvo el segundo cuento de Dickens, como señalamos al final de la nota biográfica correspondiente), se inicia a principios del siglo XIX, cuando la Navidad se afianza como la celebración que hoy conocemos. Empezamos precisamente con un cuento de los hermanos Grimm, que, aunque no es de temática navideña, ha pasado a la tradición porque es uno de los más leídos en Navidad en Alemania. No es el único caso en esta antología: al final de «Bajo el abeto», el poema que incluye Theodor Storm dedicado a Ruprecht, el ayudante de san Nicolás, también ha llegado a hacerse tan popular que hoy en día sigue en su país recitándose en Adviento. La relación entre el relato navideño y el folklore ha sido, por otro lado, bien aprovechada por varios autores, como aquí ejemplifican Zacharias Topelius o Alphonse Daudet en sus respectivas piezas.

Algunos de los temas clásicos del género navideño son, curiosamente, anteriores a su «espíritu»: es interesante observar cómo, en el segundo cuento de nuestra antología, publicado en 1815, E. T. A. Hoffmann ambienta en la noche «mágica» de San Silvestre una historia de transformación que luego será una constante del género, pero que ahí es muy ajena todavía a su sentimentalismo y a su moralidad. Las historias de transformación (sobre todo moral) serán luego, y casi siempre con alguna forma de magia (material, espiritual), muy representativas de la visión de la Navidad como una oportunidad para reconsiderar y rehacer la vida, una ocasión especial para cambiar.

En el mundo anglosajón, el éxito inmediato de «Canción de Navidad» de Charles Dickens, en 1843, desempeñó un papel fundamental en la reinención de un espíritu navideño que la Reforma protestante y los puritanos habían condenado. Tras la publicación de este relato, la Navidad pareció convertirse en una fiesta más familiar que religiosa; y sin duda su tono jubiloso –que invita a la generosidad,

denuncia el sistema de clases, canta al amor y la amistad—iluminó una época en que la celebración era oscura y poco solidaria. Para Dickens, las fechas navideñas serían siempre el momento de la hospitalidad y la tolerancia, la ocasión tanto para alimentar un deseo (que a veces ni siquiera se sabe que se tiene) como para bucear en los recuerdos, sin lamentarse por los sueños que no se han cumplido, y trayendo «a nuestro lado a las personas que quisimos» y que ahora habitan en «la ciudad de los muertos», como dice en «La Navidad cuando dejamos de ser niños», un texto que no se ha incluido en esta antología pero que perfectamente podría estar en ella.

Al popularizarse las costumbres de reunirse con la familia, intercambiar regalos, celebrar fiestas y comidas especiales, escribir tarjetas de felicitación, cantar villancicos, adornar la casa con velas, guirnaldas, abetos y belenes, se abrió todo un microcosmos que enseguida tentó a la literatura costumbrista y realista, proveyéndola de una nueva fuente de episodios y «cuadros» que podían orientarse en las más distintas direcciones; pero por otra parte, y siguiendo el ejemplo de Dickens, no se olvidó que el poder vivificador de esas fiestas se aliaba fácilmente con lo fantástico y sobrenatural.

La variedad de escenarios, una vez implantado el género y el sentido asociado a él, es enorme: de Berlín a Brooklyn, de un pueblecito sardo a un rancho del Lejano Oeste, de la Provenza a Nueva Zelanda, de un aristocrático salón a un pueblo de mineros, de Dublín a un cohete espacial... En todos esos lugares veremos celebrar la Nochebuena, la Navidad, el día de San Esteban, el Año Nuevo o la noche de Reyes, y en todos ellos ocurrirá algo que ilustre el tradicional espíritu navideño... o bien lo desmienta. Esta última orientación es importante y ha llegado a ser, como hemos intentado reflejar en nuestra selección, una de las variantes características del género, donde la Navidad se aleja cruelmente del espíritu de comunidad que se supone que debe-

ría fomentar y es a menudo un marco de intenso contraste, ocasión tristemente propicia para el mal, las tentaciones demoníacas, la mezquindad, la crueldad, la guerra y la muerte, a veces en las peores condiciones imaginables.

El sentido religioso está muy presente en relatos como el de Zacharias Topelius, que trata de reconciliar las dos tradiciones pagana y cristiana, el de Dino Buzzati, que alterna lo devoto y lo absurdo, o el de Emilia Pardo Bazán, que reconstruye la historia de la adoración de los Reyes Magos; y, en un orden más terrenal, Alphonse Daudet, Léon Bloy y Ramón María del Valle-Inclán nos hablan, no sin ironía, de las costumbres del clero. Pero hay cuentos en los que la Navidad está completamente secularizada y no es más que un mero compromiso social donde se forjan o consolidan pactos mundanos (Dostoievski), o donde se remueven anécdotas y episodios que afectan puramente a la vida íntima o personal («Los muertos» de Joyce): de ahí, por cierto, que figuren también en este volumen varios cuentos de intenso lirismo, como los de Luigi Pirandello y Dylan Thomas. Pero en la Navidad de Saki, por ejemplo, más que un compromiso, las fiestas navideñas son ya directamente un engorro.

Una gran variedad de planteamientos, propósitos y tonos animan, pues, a los escritores que tratan el cuento de Navidad, incluso al establecer ingeniosas alianzas con otros géneros, no solo el fantástico, sino también el de detectives y la ciencia ficción. En el cuento que cierra la antología, «El cuento de Navidad de Auggie Wren», escrito casi dos siglos después del que la abre, el narrador se enfrenta ya con desgana a la tarea de escribir una pieza del género, y «guerrea con los fantasmas de Dickens, O. Henry y otros maestros del espíritu de la Navidad», pues teme sus «desagradables connotaciones» y «su evocación de espantosas efusiones de hipócrita sensiblería y melaza». Creemos que este volumen da cumplida cuenta de cómo se ha lidiado con los «fantasmas» y de cómo se han ido formando –y matizando, o desmontando– estas «connotaciones», a lo

largo de una tradición mucho más rica y abierta de lo que,
al parecer, se supone.

MARTA SALÍS

Los táleros de las estrellas

Jacob y Wilhelm Grimm

(1812)

Traducción

Isabel Hernández

Jacob Grimm (1785-1863) y **Wilhelm Grimm** (1786-1859) nacieron en la localidad alemana de Hanau, en el seno de una familia de intelectuales burgueses. Dedicados a la filología y a la docencia, sus investigaciones eruditas tomaron otro cariz con la exaltación nacionalista que siguió a la invasión de Prusia por parte del ejército napoleónico. Entusiasmados con la idea de devolver sus raíces a Alemania, empezaron a recopilar cuentos de la tradición oral en el entorno burgués de Kassel, marcado por el carácter de los hugonotes. En 1812 y 1815 publicaron en dos volúmenes *Cuentos infantiles y del hogar*, colección que ampliarían más tarde y que titularían *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm* (1857). En ellos divulgaron cuentos como *Blancanieves*, *La Cenicienta*, *Barba Azul*, *Hänsel y Gretel*, *La Bella Durmiente* y *Juan sin miedo*, conservando su frescura original y mitigando su dureza.

«Los táleros de las estrellas» («Die Sterntaler»), uno de los cuentos más típicos de la Navidad alemana, aunque no esté explícitamente ambientado en estas fechas, se publicó por primera vez en *Kinder und Hausmärchen*, Berlín, Reimer, 1812.

Los táleros de las estrellas

Érase una vez una niña a la que se le habían muerto el padre y la madre, y era tan pobre que ya no tenía siquiera un cuartito en el que vivir ni una camita en la que dormir, ni ninguna otra cosa más que la ropa que llevaba puesta y un pedacito de pan en la mano que le había dado un corazón compasivo. Pero era buena y piadosa. Y, como todo el mundo la había abandonado, echó a andar al campo confiando en Dios. Entonces se encontró con un pobre que le dijo:

—¡Ay! Dame algo de comer, que tengo mucha hambre.

Ella le dio todo el pedacito de pan y dijo:

—Que Dios te lo bendiga —y continuó su camino.

Entonces llegó un niño lloriqueando y le dijo:

—Tengo mucho frío en la cabeza, dame algo con que cubrirme.

Ella se quitó el gorrito y se lo dio. Y no había dado más que unos pasitos cuando se le acercó otro niño que no tenía camisa y se estaba helando; entonces ella le dio la suya, y aún más, otro le pidió la sayita y ella también se la dio. Finalmente llegó a un bosque y ya se había hecho de noche, entonces llegó otro y le pidió una muda, y la buena niña pensó: «La noche está oscura, no te ve nadie, seguro que puedes darle tu muda», y se la quitó y también se la dio. Y estando así, sin tener ya nada más, de repente empezaron a caer estrellas del cielo, y eran un montón de táleros, macizos y relucientes, y, aunque había dado hasta su muda, tenía una nueva, y era del lino más fino. Entonces recogió los táleros y fue rica el resto de su vida.

La aventura de la noche de San Silvestre

E. T. A. Hoffmann

(1815)

Traducción

Isabel Hernández

Ernst Theodor Amadeus Hoffmann (1776-1822) nació en Königsberg, hijo de un abogado. Estudió Derecho y hasta la invasión napoleónica ocupó distintos puestos en la administración prusiana en Varsovia y otras ciudades polacas. Fue compositor y crítico musical, pintor, gerente de un teatro en Bamberg y Dresde, y director musical de una compañía de ópera. En esta época cambió su tercer nombre, Wilhelm, por el de Amadeus, en homenaje a Wolfgang Amadeus Mozart. Su ópera *Undine* fue estrenada en Berlín en 1816. Tras la derrota de Napoleón en 1814, ejerció como juez y llevó una vida políticamente activa, contraria a la persecución de los liberales. Escribió dos novelas, *Los elixires del diablo* (1815-1816) y *Puntos de vista y consideraciones del gato Mur* (1819-1821). Pero quizá su fama se deba sobre todo a su contribución a la literatura fantástica, de la que es considerado un maestro indiscutible: *Fantasías a la manera de Callot* (1814) y *Nocturnos* (1817) fueron colecciones de relatos que inspiraron a escritores como Poe, Hawthorne, Gógol, Dickens, Dostoievski y Kafka, a compositores como Offenbach, Wagner, Delibes y Chaikovski y a psicólogos como Jung y Freud. Hoffmann murió en Berlín en 1822.

«La aventura de la noche de San Silvestre» («Die Abenteuer der Silvesternacht») se publicó en el volumen IV de las *Fantasías a la manera de Callot*, Bamberg, Kunz, 1815. En él, la víspera de fin de año, en la que el diablo siempre tiene guardada «una fiesta muy especial» para el protagonista, se recrea una experiencia fantástica de pérdida y transformación, al lado de otro de los mitos simbólicamente mutilados de la literatura romántica alemana, Peter Schlemihl, el hombre que perdió su sombra.

La aventura de la noche de San Silvestre

PREFACIO DEL EDITOR

Es evidente que el viajero entusiasta, de cuyo diario volvemos a contar una fantasía a la manera de Callot^[1], separa tan poco su vida interior de la exterior que apenas se puede distinguir el límite entre ambas. Pero precisamente porque tú, benévolo lector, no percibes con claridad ese límite, el visionario tal vez te atrae hacia él y, sin darte cuenta, te hallas en ese extraño reino mágico cuyas extrañas figuras se introducen en tu vida exterior, y quieren tratar contigo de tú a tú, como viejos conocidos. Por eso te ruego de todo corazón, benévolo lector, que lo acojas a él igual que a ellas, incluso que, completamente entregado a sus fantásticos quehaceres, tengas a bien soportar algún que otro escalofrío febril que podrían causarte si se apoderan aún más de ti. ¿Qué otra cosa puedo yo hacer por ese viajero entusiasta al que por todas partes, y cómo no, también en Berlín, la noche de San Silvestre, le van sucediendo cosas tan extrañas e increíbles?

I. LA AMADA

Llevaba la muerte, la gélida muerte en el corazón, incluso desde lo más profundo de mi ser, desde el corazón, me pinchaba los nervios que las llamas atravesaban como con afiladas púas de hielo. ¡Enfurecido eché a correr en medio de la noche, oscura y tempestuosa, olvidando capa y sombrero! Las banderas de la torre crujían, era como si se oyera

al viento mover su temible y eterno engranaje y al mismo tiempo el año viejo rodara sin hacer ruido, como un peso muerto, hacia el oscuro abismo... Tú ya sabes que esta época del año, Navidad y Año Nuevo, que a todos vosotros se os revela con tan grata y radiante alegría, a mí me saca siempre de mi tranquila celda para lanzarme a un mar bravío y agitado. ¡Navidad! Son días de fiesta cuyo amable resplandor veo durante mucho tiempo. No soy capaz de esperarlos... soy mejor, más infantil que el resto del año, ningún pensamiento sombrío ni odioso alimenta mi pecho, abierto a una sincera alegría celestial, y vuelvo a ser un chiquillo que grita de júbilo. Entre las doradas tallas polícromas de los luminosos puestecillos navideños me sonrían dulces rostros angelicales y entre el ruidoso murmullo de las calles se oyen, como viniendo de muy lejos, las sagradas notas de un órgano: «¡Porque nos ha nacido un niño!»^[2]... Pero después de la fiesta todo se apaga, el resplandor se extingue en medio de la turbia oscuridad. Un sinfín de flores caen marchitas año tras año, su semilla se apaga para siempre, ningún sol de primavera enciende una nueva vida en las ramas secas. Eso lo sé muy bien, pero las fuerzas hostiles no dejan de ponerlo ante mis ojos alegrándose perversamente de mi mal cada vez que el año se acerca a su fin. «Mira —me susurra al oído—, mira cuántas alegrías que no volverán te has perdido este año, pero a cambio te has vuelto más sabio y ya casi no valoras las diversiones mezquinas, sino que te vas volviendo más serio... sin ninguna alegría». Para la noche de San Silvestre el diablo siempre me guarda una fiesta muy especial. Sabe meterse en mi pecho en el momento justo, con su afilada garrá, mofándose terriblemente, y se recrea con la sangre del corazón que mana de él. Siempre encuentra ayuda en cualquier sitio, igual que ayer le ayudó solícito el consejero de Justicia. En su casa (me refiero a la del consejero de Justicia) hay siempre una gran recepción la noche de San Silvestre y, además, con motivo del adorable Año Nuevo quiere

agradar a todos haciendo algo especial, pero lo hace con tanta torpeza y tan poco garbo que todas las gracias que le ha costado tanto trabajo idear sucumben en un cómico lamento... Cuando entré en el vestíbulo, el consejero de Justicia me salió raudo al paso, impidiendo que entrara en el sancta sanctorum del que salía el humo del té y de un delicado tabaco. Se lo veía muy complaciente y astuto, me sonrió de una manera muy rara, y dijo:

—Amiguito, amiguito, algo delicioso le espera en ese cuarto... una sorpresa sin igual en esta adorable noche de San Silvestre... pero ¡no se asuste!

Eso me llegó al alma, en mi interior se despertaron oscuros presentimientos y sentí angustia y temor. Las puertas se abrieron, avancé rápidamente, entré y, en el conjunto de las damas sentadas en el sofá, me deslumbró su figura. Era ella... ella en persona: no la había visto desde hacía años, los momentos más dichosos de mi vida atravesaron mi alma como un rayo de luz poderoso y abrasador... No más pérdidas mortales... ¡Aniquilada la idea de la separación!... No pensé en qué maravillosa casualidad la había llevado hasta allí, qué circunstancia la había conducido a la recepción del consejero de Justicia, del que yo ni siquiera sabía que la conociera... ¡Volví a tenerla! Debí quedarme allí inmóvil, como alcanzado de repente por un mágico hechizo, y el consejero de Justicia me dio un golpecito:

—¿Y bien, amiguito...? ¿Amiguito?

Seguí avanzando mecánicamente, pero solo la veía a ella, y de mi pecho oprimido se escaparon con gran esfuerzo unas palabras:

—Dios mío, Dios mío... ¿Julie^[3] aquí?

Estaba ya muy cerca de la mesa del té: solo entonces Julie se percató de mi presencia. Se levantó y dijo en un tono un tanto extraño:

—Me alegro mucho de verlo aquí... ¡Tiene usted muy buen aspecto! —y tras decir esto volvió a sentarse y le pre-